



HANNAH ARENDT



vida y obra de
HANNAH ARENDT

José Lasaga Medina



Esta COLECCIÓN de BIOGRAFÍAS ha sido galardonada con MENCIÓN DE HONOR, en la modalidad «CIENCIA, INGENIERÍA Y VALORES. PREMIO ESPECIAL IMPLICACIÓN DE LA MUJER», en la 11ª edición del Concurso Internacional CIENCIA EN ACCIÓN, cuya final se celebró los días 1, 2 y 3 de octubre 2010, en Santiago de Compostela.



© José Lasaga Medina
© De esta edición: 2017, EILA Editores, S.L.
1ª Edición, abril 2017

Reservados todos los derechos de esta edición para:
EILA, Editores, S.L.
Paseo Infanta Isabel, 21-6º A - 28014 Madrid
696 39 42 75 - 629 32 34 69
mluisamaillard@telefonica.net
strillod@gmail.com

www.eilaeditores.es

ISBN-13: 978-84-946827-0-4
Depósito legal: M-10378-2017

Diseño de la colección y de la cubierta: Susi Trillo.

Impresión y encuadernación:
Imprenta Taravilla, C/ Mesón de Paños, 6 - Madrid. Impreso en España.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 70219 70 / 93 272 04 47).

A Coque y José María,
cazadores de erratas. Y no sólo tipográficas.

Índice

1.....	11
Prólogo.	
2.....	17
Infancia y juventud (1906-1928). Circunstancias familiares. Estudiante de bachillerato. En la universidad alemana: de Marburgo a Heidelberg. Heidegger y Arendt.	
3.....	45
Juventud (1929-1941). Escritora en Berlín. La irrupción de la historia en la vida privada. Apátrida en París.	
4.....	65
Madurez (1942-1962). En América. La divisoria del siglo según Arendt: «El día que supimos de Auschwitz». Un primer viaje a Europa. El éxito de un libro y el fracaso de un proyecto. La comprensión insuficiente: una reflexión sobre la condición humana. ¿Paría en la universidad? Preguntas y tareas: aspectos de la política. Dos modelos de revolución.	
5.....	161
Madurez tardía (1963-1975). Un año decisivo en la vida de Arendt. La deuda con América. El paisaje yermo de la vejez. Un libro por terminar. Los tres absolutos de Arendt: la comprensión, la memoria, la libertad.	
6.....	217
Imágenes para una vida.	
7.....	231
Glosario.	
8.....	239
Bibliografía.	

Se puede soportar todo el dolor si se lo pone en una historia o se cuenta una historia de él.

Isak Dinesen

De todo lo humano puede decirse que es, a la vez, natal, porque algo nace y se crea con ello, y mortal o fatal, porque lleva dentro de sí su congénito veneno y la causa de su propia exterminación.

Ortega y Gasset

1

Prólogo

He decidido dar un enfoque de biografía intelectual a este acercamiento a la vida de Hannah Arendt aunque fue la suya una vida que se presta a hacer crónica de aventuras, ecos sociales y chismes de alcoba. La razón por la que nos ocupamos de ella, el motivo por el que sentimos legítima curiosidad por sus andanzas es porque ha escrito un puñado de libros memorables y un montón de artículos relevantes para los campos de investigación en los que trabajó a lo largo de su vida, en suma, porque es una de las pensadoras más poderosas y originales del siglo XX, que se ha convertido en una referencia imprescindible en la filosofía y la ciencia política de las primeras décadas del siglo XXI.

Aunque se formó como filósofa con Heidegger y Jaspers en Marburgo y Heidelberg respectivamente, el diálogo permanente que mantuvo con su tiempo, la llevó a identificarse con la ciencia política, materia a la que pertenece su primer libro de éxito, *Los orígenes del totalitarismo* (1951). Pero la inclinación a perseguir los hechos y acontecimientos hasta sus raíces, de modo que fuera posible comprenderlos y juzgarlos, la incitó a regresar a la filosofía. *La condición humana* (1958) y el manuscrito en el que trabajaba cuando le alcanzó la muerte, *La vida del espíritu* (1978), son claros ejemplos de que a pesar del desprecio, seguramente justificado, con el que en ocasiones habló del gremio de los filósofos, ella no se

alejó mucho de tan discutible compañía, para no hablar de que las dos influencias personales, cada una en su propio estilo, fueron ilustres filósofos: el ya mencionado Martin Heidegger, su primer amor y una de las inspiraciones más permanentes, aunque de forma discontinua y por así decir, oblicua, y Karl Jaspers, el director de su tesis doctoral sobre el concepto de amor en Agustín de Hipona y la persona en que más se apoyó (en lo intelectual y en lo afectivo) esta mujer profundamente independiente, valiente, segura de sí misma a la hora de juzgar sobre las cuestiones más complejas de la historia de las ideas, pero al mismo tiempo frágil y desamparada.

El secreto de su estilo de pensar reside, a mi juicio, en una virtud pre-intelectual. Por supuesto que hay que dar por descontada la envidiable formación con sus maestros alemanes y el ambiente de alta cultura en que se desarrolló su vida en Königsberg, Berlín, Marburgo, Heidelberg, París, New York y Chicago. Pero eso, por sí solo, no explica la profundidad y la originalidad de su obra. El secreto está, a mi juicio, en una virtud que no suele asociarse con la creación teórica. Me refiero a la valentía. Relacionada con el pensamiento, remite no tanto a la capacidad de arriesgarse y sobreponerse a la adversidad, como la de darse la libertad de explorar temas consagrados desde puntos de vista inéditos; al desafío de los lugares comunes santificados por la autoridad y la certeza subjetiva del tópico y del gran número. También alude al sentido del esfuerzo que es necesario asumir para seguir el pensamiento allá donde nos lleve y aceptar la exigencia de soledad que suele conllevar el acto de pensar. Arendt terminó por creer que pensar era otra forma de acción, y la más importante, pues es la que ayuda a comprender la realidad.

Arendt tuvo esa virtud *ex abundantia*. La practicó en su vida privada y pública. Dotada de una «magnífica impertinencia», como observó una persona que la conocía bien, se atrevió a pensar lo que las imposiciones sociales o académicas no consideraban «adecuado» o «correcto». Ejerció esa esencial libertad de reflexión contra los nazis haciéndose sionista y frente a sus amigos alemanes, algunos de los cuales no supieron estar a la altura de las circunstancias; desafió a los conservadores norteamericanos en los años del senador McCarthy y en la guerra del Vietnam, pero también levantó su voz contra los progresistas de izquierda que pusieron el grito en el cielo cuando identificó el marxismo soviético con la configuración totalitaria de Estado, semejante, por tanto, al nazismo; polemizó con el feminismo y rechazó, en algunos casos, los movimientos estudiantiles que paralizaron los campus universitarios en los sesenta.

15

Cuando le preguntaron si era conservadora o liberal respondió que no pertenecía a ningún grupo. Y para ironizar sobre la confusión que su independencia solía provocar, contó que, en cierta ocasión, el editor de una revista que revisaba uno de sus artículos sobre Kafka le comentó a un compañero: «Dios mío, ¡ni siquiera cree en el progreso!». Pero sí creía en otras cosas, como en la libertad radical y en la capacidad de fabricar y crear formas de convivencia humana nuevas. Frente a Heidegger, descubrió que lo decisivo para los hombres no es el ser-para-la-muerte sino el hecho de nacer; porque cada humano es único, irrumpe en el mundo con la promesa de comenzar algo nuevo

José Lasaga Medina

2

Infancia y juventud (1906-1928)

Circunstancias familiares

No es menester justificar la fecha de inicio de este primer capítulo: Arendt nació en Hannover aunque permaneció muy poco en esta ciudad. Se trasladó a Königsberg, la ciudad de Kant, el filósofo a quien Arendt dedicó sus últimos trabajos, cuando era muy pequeña. La razón de que naciera en la casa que el matrimonio Paul y Marthe Arendt poseía a las afueras de Hannover, cuando las familias paterna y materna de Hannah llevaban afincadas en la ciudad báltica mucho tiempo, reside en que el padre, ingeniero de profesión, trabajaba en una empresa de la mencionada ciudad. Antes el matrimonio había residido en Berlín.

19

El hecho decisivo de la niñez de Arendt fue la temprana muerte del padre en 1913, víctima de una sífilis que había contraído en su juventud. Arendt contaba siete años. Paul era un hombre culto con una buena biblioteca de humanidades que disfrutó muy pronto su hija. Ni él ni Marthe eran religiosos aunque no se opusieron a que Hannah recibiera educación judía. Visitaba la sinagoga con los abuelos y en los primeros años de infancia un rabino, amigo de la familia, instruía a la pequeña Hannah en los principios del judaísmo. Paul sería recordado por su hija como «una persona culta, afable y gentil» aunque los estragos de la enfermedad no facilitaron del todo los buenos recuerdos. La madre es descrita por Young-Bruehl como «mujer de apasionado y desbordante tempe-

ramento» que después de la enfermedad del marido «se volvió particularmente ansiosa y preocupada respecto de la salud de su hija» (Young, 1993, pp 49 y 48).

Profesaban ideas políticas socialistas y habían viajado por Europa. Martha pasó tres años en París estudiando música y francés. Pertenecían a la clase media judía y se relacionaban con profesionales afines, médicos, pedagogos, abogados, músicos, etc. Aunque la situación que disfrutaban en la comunidad no se vio alterada por la enfermedad y la muerte del padre, es evidente que dejó huella en la madre y en la hija. Hannah creció con un déficit de presencia masculina. El abuelo con el que tuvo más trato, un incansable contador de historias, falleció el mismo año que el padre.

20

La Gran Guerra estalló un año más tarde de la muerte del padre y se hizo sentir en la ciudad. En las primeras semanas muchos refugiados que huían de los avances del ejército ruso en los campos de la Prusia oriental, abarrotaban los trenes que salían hacia el oeste. Marthe decidió retirarse a Berlín, donde tenía familia. Allí pasaron varios meses, hasta que el frente se alejó de Königsberg. La guerra pasó sin hacerse notar para la familia Arendt más que en la escasez de alimentos y en otras dificultades de menor calado. Pero a pesar de la guerra, los años hacían su trabajo y Arendt se fue convirtiendo en una adolescente compleja, tan preocupada por saber quién podía llegar a ser como por lo que le depararía el futuro. La madre, siempre atenta a los cambios de su hija, lo advirtió pronto y en 1917, cuando Hannah contaba apenas once años, anotó en su diario: «Es difícil y empieza a ser misteriosa».

Estudiante de bachillerato

Young-Bruehl, discípula de Arendt y la autora de la, por ahora, más completa y documentada biografía que se ha escrito sobre la pensadora alemana, escribe, evocando a la estudiante del *Gymnasium Luise-Schule*:

«Hannah Arendt impresionaba a sus compañeros de escuela por el modo en que se ocupaba de encontrar su propio camino. Mientras ellos charlaban o hacían alguna visita durante los recreos y el almuerzo, ella se paseaba arriba y abajo por el patio de la escuela, las manos, entrelazadas a la espalda, dejando caer las trenzas, absorta en sus pensamientos

(Young, 1993, p. 66).

También impresionaban sus lecturas y su memoria, pues era capaz de recitar montones de poemas. La madre también quedó impresionada y anotó en su diario que su hija poseía «la ambición de ser mejor que los demás estudiantes» (Young, 1993, p. 65). Con 16 años había leído la *Crítica de la razón pura* y *La religión dentro de los límites de la mera razón* de Kant, lo que indicaba en qué dirección se movía la vocación de Arendt.

En 1924 terminó el bachillerato. Llama la atención la precocidad de la joven estudiante y la madurez de su criterio en cuanto a lo que le interesa y lo que no. Tuvo tendencia a enfermar, por lo que faltaba mucho a clase. Sin embargo aquello no resentía sus rendimientos escolares, que eran muy buenos. La madre hacía todo lo posible para proteger a su hija. Una anécdota revela la forma en que las dos, madre e hija, entendían los estudios. Como en el horario debía dar el griego a las ocho de la mañana, Arendt convenció a su madre de que era una hora muy inapropiada para traducir a Homero. Ésta escribió una nota a la dirección rogando que por razones de salud se la eximiera de la asistencia a las clases de primera hora. Se aceptó la petición siempre que la estudiante preparara por su cuenta la asignatura y se presentara a un examen especial. Desde entonces Arendt dispuso por las mañanas de una hora extra para desayunar tranquilamente. Para profundizar en sus estudios de griego, que tan importantes habrían de ser en sus cursos universitarios, organizó un grupo de trabajo que se reunía en su casa para traducir a los clásicos. Pasó la prueba final sin complicaciones.

La «cuestión judía» no fue un problema para la joven Hannah. En casa no se trataba de ideas relativas al judaísmo ni en clave religiosa ni en clave política. En una de las principales fuentes para la biografía de Arendt, la extensa entrevista para la TV alemana con Gunter Gauss, emitida en octubre de 1964, afirmaba que «cuando yo era una cría, la palabra 'judío' no se pronunció nunca entre nosotros. La primera vez que la oí fue al hilo de unos comentarios semitas (...) de otros niños, por la calle. Así fue como, por así decir, me 'espabilaron'» (2015, p. 48).

Pero Marthe tenía una clara conciencia de que su hija no debía soportar ningún desprecio o insulto por razón de su raza. Había dado instrucciones a Hannah de que si algún profesor emitía opiniones racistas, debía levantarse en ese momento y abandonar el aula. Parece ser que no fue necesario.

No obstante, Hannah no terminó sus estudios en el Gymnasium con su grupo. El último año prefirió trasladarse a Berlín y seguir allí, alojándose en casa de unos parientes, algunos cursos en la universidad como oyente. Eligió seguir con sus estudios de lenguas clásicas y asistió a las clases de un famoso teólogo, Romano Guardini, que enseñaba a Kierkegaard, la fuente de la filosofía existencial que afloraría después de la guerra en las investigaciones de Heidegger y Jaspers, y en españoles como Unamuno o en franceses como Gabriel Marcel o Sartre. Luego se presentó como alumna libre al Abitur, el examen que facultaba para ingresar en la universidad. Lo aprobó en la primavera de 1924 lo que le permitiría matricularse en el centro de su elección ese mismo otoño. Estaba decidida desde hacía tiempo a estudiar filosofía y la filosofía más nueva e interesante se estaba haciendo en la pequeña ciudad de Marburgo porque se enseñaba neokantismo y fenomenología.

En la universidad alemana: de Marburgo a Heidelberg

Los años veinte fueron, también en filosofía, un tiempo complejo en el que todo se cuestionaba pero en donde perseveraban algunos programas como la fenomenología de Husserl, que había intentado superar la reducción positivista de la razón con éxito, recurriendo a un método que le permitía dar al discurso filosófico una autonomía que pocos años antes parecía irremediabilmente perdida. Sostenía el autor de las Investigaciones lógicas (1900) que cabía otra forma de conocimiento racional al margen del que exhibían las ciencias. La fenomenología representaba un camino alternativo al neokantismo que había sido defendido con vigor en Marburgo por Cohen y Natorp. Lo fundamental para la familia neokantiana era volver a aprender filosofía en los clásicos: Kant ante todo, como el refugio natural contra los desvaríos de algunos idealistas que, con Hegel, habían llevado a la filosofía alemana a una especie de callejón sin salida, del que salieron, por un lado, las «anti-filosofías» positivistas de Comte o Marx, que defendían la conversión de la filosofía en otra cosa, en ciencia o en praxis revolucionaria; y por otro, la reacción pesimista e irracionalista de Schopenhauer y Nietzsche.

En Marburgo se recuperaba el pasado filosófico pero con la conciencia de que desde Descartes o Platón no podía ganarse el futuro para la filosofía. Si las ciencias asumían en exclusiva todo el discurso racional, ¿qué pasaba con la ética, la estética o la política? De ahí la importancia de la fenomenología de Husserl, cuya novedad esencial residía en dos puntos: en un método que defendía ir desde la razón a las cosas mismas, sin la mediación de abstracciones conceptuales, que es lo que hacían las ciencias; y fundar la filosofía sobre sí misma como «ciencia estricta».

Arendt fue, primero, alumna de Heidegger y solo, más tarde, de Husserl y aunque la huella de las clases de éste no es patente en su obra, acaso deslucida por el brillo de la impronta heideggeriana, en las pocas ocasiones en que Arendt habló de su estilo de pensar, se describió como «una especie de fenomenología».

La impronta a que me he referido no tuvo que ver especialmente con su relación amorosa, de la que hablaré en el apartado siguiente. Martín Heidegger fue el filósofo más original de los años veinte, quizá porque captó como nadie el «espíritu del tiempo», traduciendo en categorías y desarrollos conceptuales las impresiones que había dejado flotando en el aire el derrumbe de la civilización europea tal y como se había orquestado en la guerra del catorce. Se ha dicho que *Ser y Tiempo* es el libro que marca el nivel de la época para la filosofía del siglo XX.

El libro apareció en 1927 pero fue concebido a lo largo de la década anterior, poco después de que terminara la guerra (1918), en una Alemania que se recuperaba de la derrota a duras